

2. La política y la violencia

El tópico de la violencia revolucionaria retorna de diversas formas. Aparecen otros actores, otras memorias y relatos: testimonios e investigaciones, críticas y autocríticas. Las condiciones de revisión y discusión no son las que se impusieron en los comienzos del ciclo democrático, cuando la representación del pasado reciente atendía casi exclusivamente al terrorismo de Estado y los derechos de las víctimas. Esos retornos conflictivos han comenzado, en los últimos diez años, a dar cuenta de una experiencia de la militancia que ha quedado fijada en la lucha armada; con ellos surge la incitación a un juicio histórico sobre las condiciones y las consecuencias de una voluntad dispuesta a matar o morir por la revolución. La experiencia montonera, sobre todo, ha sido objeto de una extendida interrogación.⁷⁴

En la producción reciente se destaca el ensayo de Pilar Calveiro, una exploración política de la violencia revolucionaria a partir del derrotero de la guerrilla peronista. En su análisis busca distanciarse de una consideración complaciente e intenta dar cuenta de las responsabilidades de la guerrilla en la catástrofe que sobrevino en 1976.⁷⁵ ¿Dónde situar el comienzo de la violencia en la Argentina reciente? Una narrativa histórica implantada en la tradición peronista ha afirmado un origen básicamente reactivo de las organizaciones armadas: la violencia estaba presente en la sociedad argentina desde, por lo menos, el bombardeo a Plaza de Mayo y el derrocamiento de Perón en 1955, y cristalizó en el golpe reaccionario de 1966. En ese relato, un hilo continuo hilvana el desarrollo de las luchas, desde la Resistencia peronista hasta la guerrilla montonera. Calveiro reconoce en esta última una impronta guevarista y foquista, es decir, la voluntad de impo-

ner un curso revolucionario por las armas, pero se afirma igualmente en la tesis de la violencia reactiva a la situación creada por el golpe de Onganía. Es claro que en ese esquema no encaja el surgimiento previo del EGP, de Ricardo Masetti, la primera aventura guerrillera impulsada por el Che en 1963. Sin la dictadura de Onganía y sin la movilización social y política en su contra, posiblemente no habrían existido condiciones para la expansión de iniciativas guerrilleras con apoyo social. Pero el escenario, las figuras y cierto utilaje imaginario estaban preformados antes de la era Onganía. Había ingredientes de la configuración guerrillera que dibujaban, a partir de la revolución cubana, un camino de radicalización armada, una decisión que no era sólo la reacción a eventos decididos por otros, sino que se proponía forjar un mundo a su medida. Sobre esta constelación ideológica y política impactaba la dictadura de 1966: para algunos venía a confirmar inmediatamente que no había otro camino que las armas. En la sociedad, en el período que va desde la crisis política y militar de 1969 hasta 1973, crece la aceptación de las acciones de la guerrilla. El testimonio de Oscar Terán es representativo del itinerario de muchos: el compromiso era, antes que con una organización definida, con el "partido cubano", a partir de la convicción de una vía revolucionaria incuestionable para América Latina, expuesta en la práctica de Fidel Castro y en los escritos del Che, "canónicamente simplificados" por Régis Debray.⁷⁶ En el discurso al menos, la opción por la lucha armada estaba bien implantada en la izquierda política desde antes de 1966; estaban el método (el foco) y la escena anticipada de una guerra inevitable. El pasaje al acto dependió de factores históricos conocidos: el golpe militar de 1966, sobre todo después del Cordobazo, y la convergencia con el peronismo radicalizado que arrastraba las expresiones juveniles. Las condiciones del desencadenamiento de la violencia insurgente, entonces, no se dejan reducir a un esquema simple, y en el propio análisis de Calveiro se destacan rasgos inherentes a esa empresa, capturada bajo las formas de la guerra revolucionaria.⁷⁷

No puede decirse, como lo hace Calveiro, que los grupos guerrilleros terminaron adoptando el universo de valores y mitos de la organización militar que combatían. Si hubo una suerte de in-

fluencia en espejo en el curso de la confrontación, esa coincidencia no puede ofrecerse como una clave explicativa del desastre y, por el contrario, llama a algún intento de explicación. En principio, la captura de todas las luchas en un imaginario de guerra total tenía sus condiciones en la configuración guevarista de la acción política. En la guerra, decía el Che, "el pueblo irá formando sus combatientes y sus conductores". Lo dice en el texto, tantas veces citado, que destacaba el odio de clase como el factor que "impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar". La idea de una "guerra total", de destrucción y aniquilación del enemigo, encajaba perfectamente con esa figura del guerrillero como un combatiente igualmente total y consagrado a su causa:

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; [...] Entonces su moral irá decayendo. Se hará más bestial todavía, pero se notarán los signos del decaimiento que asoma.⁷⁸

Es claro que esa voluntad de guerra no era defensiva en el plano militar; una guerra defensiva no es total sino limitada en cuanto a los medios y los objetivos. Es más, en el paradigma guevarista la guerra revolucionaria debía ser desencadenada *antes* que el enemigo actuara y se presentara militarmente como tal; uno de los núcleos de la doctrina foquista afirmaba que había que provocarla para obligar al enemigo de clase a exhibir su costado más sanguinario:

La dictadura trata constantemente de ejercerse sin el uso aparatoso de la fuerza; el obligar a presentarse sin disfraz, es decir en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias, contribuirá a su desen-

mascaramiento, lo que profundizará la lucha hasta extremos tales que ya no se puede regresar.⁷⁹

La experiencia guerrillera se hace pensable a partir de esa escena relegada, la guerra, que no es cualquier violencia; es una violencia sistemática, organizada, conducida por una estructura jerarquizada y sometida a la unidad de mando. Y desde el momento en que los conflictos quedaban reducidos al esquema de la guerra, los procedimientos de la milicia armada terminaban imponiéndose sobre el conjunto de la formación política. Son superfluas las autocríticas que insisten en las "desviaciones militaristas": si el escenario de los conflictos es concebido como una guerra, es el ejército (o un remedo de él) lo que necesariamente va a prevalecer. Las consecuencias, en la Argentina, son bien conocidas. Por una parte, se consolidaba un proceso de militarización de la acción social en barrios y fábricas, subordinada a la doctrina y los procedimientos de los guerreros. Por otra, una buena proporción de los esfuerzos de la dirección revolucionaria debían aplicarse a disciplinar a la propia tropa. En ese sentido, la guerra sepultaba a la política, si por política se entiende la acción destinada a mover, ganar y orientar la voluntad colectiva.

No digo que donde hay violencia no hay política. Pero no hay nada más alejado de la política que la terrible consigna que rezaba "el poder nace del fusil", que podía servir igualmente a una milicia revolucionaria o a una banda de gánsteres. El poder (sigo a Hannah Arendt) no está en las armas sino en el consentimiento, es decir, finalmente, en el pueblo, si se quiere recuperar esa vieja categoría a la que es imposible renunciar. Hay no sólo diferencia sino verdadera oposición entre el poder político y la violencia sistemática y organizada. El poder, dice Arendt, requiere del "número", algo de lo cual puede prescindir la violencia, que depende sobre todo de los "instrumentos". Siempre, en términos políticos, la tentación de recurrir a la violencia nace de la pérdida de poder; como consecuencia, una violencia que ya no se apoya ni se sujeta al poder termina invirtiendo la estimación de los medios y los fines.⁸⁰ Es justamente la derrota política y la pérdida de poder, en el sentido invocado, lo que permite entender, en la guerrilla montonera, el

vuelco a una violencia que se hace cada vez más indiscriminada, es decir, terrorista, justamente cuando se hace claro que el consentimiento está con Perón y el peronismo "clásico", una variopinta coalición política y social que no era (y nunca fue) revolucionaria.

Una pregunta queda flotando y sin respuesta en el análisis de Calveiro: ¿por qué en la organización guerrillera peronista terminó prevaleciendo el núcleo que era, según la visión bien fundada de la autora, políticamente más rudimentario? El núcleo nacionalista católico, con incrustaciones fascistas, sostenido en el culto al coraje y la eficacia primaria de la violencia, impuso su línea y su ejemplo sobre el grupo que parecía políticamente mejor formado, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). En la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), muy bien documentada en el libro de Eduardo L. Duhalde y Eduardo M. Pérez, puede verse una trayectoria que va en la misma dirección.⁸¹ En 1968 ya hablaban de guerra revolucionaria, en línea con la doctrina cubana. Después del fracaso de Taco Ralo hicieron una autocrítica de las tendencias foquistas que los habían llevado a esa acción. En la misma época, 1970, criticaban las circunstancias del asesinato de Aramburu: aprobaban la ejecución como un acto de justicia revolucionaria, pero afirmaban que era una acción para culminar un proceso y no para iniciarlo. Fueron mucho más críticos con el asesinato del gremialista José Alonso, porque sostenían que la lucha contra la burocracia sindical debía estar a cargo del movimiento obrero en el enfrentamiento antipatronal. Todo cambió en un par de años (después de la fractura que sufrió la organización hacia fines de 1971): en abril de 1972 las FAP asesinaban al jefe de personal de FIAT Córdoba. Para entonces, la "burocracia integracionista" quedaba ubicada definitivamente en el campo de las clases dominantes y se convertía en un blanco justificado. Ese curso se profundizó con la oposición a la salida electoral. El 22 de mayo de 1973 (tres días antes de la asunción de Cámpora) asesinaban a Dirk Kloosterman, secretario general del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA). Desde entonces se dedicaron a ampliar las acciones terroristas contra burócratas sindicales y personal directivo de fábricas y empresas. Más que una desviación, ese curso muestra la implantación de ese escenario de

guerra total que debía llevarse a todos los frentes, y una fe ciega en la eficacia del asesinato político para profundizar la confrontación y ampliar los contingentes volcados a la acción militar. Con la impotencia crece el intento desesperado de sustituir con las armas y el coraje lo que no podían edificar en un terreno político dominado por Perón y el movimiento. Finalmente, en el fracaso de Montoneros, puede decirse, se expone el fracaso general de la estrategia guerrillera en la Argentina y en América Latina. Jorge Castañeda aporta una visión externa y provocativa: Montoneros, el “ala derecha de la izquierda”, sería una expresión exagerada, casi una caricatura, de la configuración revolucionaria latinoamericana nacida con la revolución cubana.⁸²

¿Habría podido tomar otro camino la experiencia montonera? En cuanto se admiten los factores internos en ese movimiento y su desarrollo, incluida, sobre todo, la relación imposible con Perón, no se puede seguir el razonamiento de Calveiro cuando postula que un “peronismo de raíz nacional-popular con influencia de sectores radicalizados” habría sido posible de no mediar la intervención de los Estados Unidos.⁸³ Las “claves decisivas” del fracaso montonero habrían dependido finalmente de la Guerra Fría y de la lógica del poder imperialista, una tesis que aparece desmentida por muchos de los análisis que el libro exhibe convincentemente. En efecto, los factores políticos, militares, organizativos, que llevaron a la derrota política y militar de la guerrilla, estaban presentes desde antes de la irrupción de la última dictadura y quedaban expuestos en el enfrentamiento irreversible con Perón. Del lado de Montoneros, hay que señalar la variada gama de enemigos que eran blanco de su guerra, que incluía a sectores burgueses ampliamente representados en el peronismo, el creciente aislamiento, la extrema tosquedad de sus definiciones políticas y la decisión de enfrentar a Perón en una escalada de violencia, demostrada con el asesinato de Rucci. El libro ofrece una muestra destilada de esa política: en 1974, cuando se abre una negociación posible con el sector sindical, la concesión que ofrece Firmenich para el acuerdo es no asesinar a Lorenzo Miguel.⁸⁴ Del lado de Perón, el curso es bien conocido: respaldo a Osinde en la masacre de Ezeiza, defenestración de Cámpora, apoyo a López Rega,

Navarrazo, destitución de Bidegain, consentimiento (como mínimo) ante las primeras acciones de la Triple A. El enfrentamiento era inevitable y no tenía otra salida que alguna forma de “aniquilación”, término empleado por Perón, según recuerda la autora, en enero de 1974, contra el ERP, poco después de su intento de copamiento de la guarnición de Azul.⁸⁵

En la expulsión de la Plaza, se recuerda generalmente el calificativo de imberbes y menos el de “infiltrados que trabajan adentro y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan de afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios que trabajan al servicio del dinero extranjero”.⁸⁶ O sea que también Perón tenía en mente la fórmula del complot imperialista, aunque de otro signo. Todo esto está en el libro y, a partir de ello, no se ven las bases que permitan pensar en una intervención norteamericana en la fractura del peronismo. Parece más prudente atenerse a los rasgos bien definidos de un proceso de enfrentamiento que sólo podía conducir al incremento de la represión estatal y cuyo desenlace no podía ser otro que la derrota de la guerrilla, con o sin golpe de Estado. Pudo haber sido distinta la metodología represiva y, desde luego, el número de víctimas; pero hay que recordar que el Ejército estuvo a cargo de la represión desde 1975 y que el general Harguindeguy, antes de ser ministro de Interior de la dictadura, fue jefe de la Policía Federal del gobierno de Isabel Perón. En esas condiciones pudo haber habido un “Operativo Independencia” de alcance nacional, sin un quiebre institucional manifiesto y con modalidades represivas ilegales que habían sido admitidas sin mayor conflicto por el peronismo y buena parte de la oposición. No se entiende por qué los Estados Unidos habrían de rechazar un proceso con esas características. Lo que está documentado sobre la intervención norteamericana no muestra que hayan indicado a los militares argentinos qué debían hacer.⁸⁷

Lucas Lanusse ofrece otro punto de vista, centrado en el nacimiento de la guerrilla peronista y en sus relatos fundadores; sintetiza en la narrativa montonera dos formaciones míticas que surgen de una raíz común.⁸⁸ Ante todo, el motivo del combate entre dos bandos inconciliables y la consagración a una *causa* que no

admitía transacciones o negociaciones: una acción política reemplazada por una guerra de religión. Esa primera formación, plasmada en la "leyenda heroica", sólo admitía combatientes para fines elevados, encarnación de un campo popular que mantendría su continuidad a lo largo del tiempo. Su correlato y referente era un peronismo esencial, situado más allá de un movimiento histórico que lo mostraba mezclado con causas menos nobles. La otra, la "teoría del desvío", admitía las impurezas y los errores, pero únicamente como alteraciones de un rumbo fijado y sacralizado por esa causa final. En verdad, un gigantesco malentendido, más que una desviación, marcaba ese camino en el origen. La popularidad de Montoneros, desde el asesinato de Aramburu hasta 1973, dependía de que enfrentaba una dictadura y acompañaba la lucha por el retorno del Líder. No muchos de los que voceaban consignas revolucionarias estaban dispuestos a los costos terribles de continuar una guerra, sobre todo si terminaba siendo contra Perón. Enfrentarlo con el cadáver de Rucci fue un error grosero y sin retorno; pero también era una consecuencia del curso anterior, de las definiciones sobre la guerra y de la creencia de que venían a encabezar una revolución que sólo requeriría coraje y sangre. A partir de ese proyecto desbordado, no cabía la posibilidad de que se resituaran en el interior del movimiento para buscar una acción política más terrenal. Kojève, en su notable elucidación de la cuestión de la autoridad, proporciona un marco conceptual que puede servir para pensar ese trágico malentendido entre Perón y los Montoneros.⁸⁹ Si la lucha del núcleo combatiente en el interior del peronismo aparecía impulsada por la autoridad del Amo (en todo caso de un Amo a construir), que es quien apuesta al futuro y arriesga la propia vida, en el inevitable enfrentamiento con Perón chocaba con otro principio y otra figura de autoridad: el Padre, que remite al pasado y la filiación. Allí radicaba el desencuentro fundamental: en una formación política como la del peronismo, determinada por la tradición y la subordinación al Líder, no había espacio para un liderazgo revolucionario, salvo como derrocamiento y reemplazo del Padre por un Amo. El malentendido adquiere la forma de una leyenda mistificadora cuando se pretende que en la Resistencia anidaba ya el germen de esa reorientación re-

volucionaria. El horizonte de las luchas peronistas posteriores al derrocamiento de Perón era el retorno al pasado, a la edad del Padre, una orientación contraria a la ruptura de un orden lanzada a construir una Edad de Oro en el porvenir.

LA CRÍTICA DE LAS ARMAS: 1973-1976

Hay una historia previa de debates y de juicios políticos y morales sobre la guerrilla, que nace junto con el bautismo de fuego de las organizaciones y crece en el período constitucional abierto en 1973. En ese terreno, como en otros, no existen recuerdos puros: los ejercicios de memoria no se separan de las cosmovisiones ideológicas, las filiaciones o las desafiliaciones, las fidelidades, las rupturas o las reevaluaciones. Las representaciones y los juicios sobre la violencia y el terrorismo revolucionarios, los análisis críticos o las formas de rememoración se han ordenado en diversos momentos salientes de la experiencia histórica de estos últimos treinta y cinco años.

Brevemente, en un primer momento, hacia 1973, hubo un extenso tratamiento político e intelectual público sobre la guerrilla, en la izquierda y los partidos populares. Una segunda etapa se abrió en el exilio, en los primeros años de la dictadura; en parte recogía las posiciones anteriores pero agregaba una reflexión en caliente sobre la derrota y el fracaso de la vía armada en la Argentina y en América Latina. Con el ocaso de la dictadura, un período más transitado por los estudios históricos y los testimonios, se inaugura una nueva constelación de sentidos dominada por el acontecimiento mayor, el terrorismo de Estado: la presencia de las víctimas relega al olvido las estampas combatientes. Toda configuración de memorias produce sus propias zonas de olvido. En 1983, un momento dominado por el impacto del *Nunca más* y el Juicio a las Juntas, por las escenas del "chupadero" y las prácticas de exterminio, no cabían los relatos heroicos ni (casi) los juicios críticos sobre la guerrilla.

En verdad, el rechazo de la aventura miliciana se había edificado antes, sobre todo durante la experiencia del exilio. Es lo que